



El 9 de agosto de 2013 comenzaba una de las mejores experiencias que he podido disfrutar; me embarcaba en un avión con destino a Burkina Faso. En realidad, el viaje había empezado algunos meses antes, durante los cuales había estado informándome acerca de cómo realizar un viaje voluntario; a través de internet, conocidos o gente que había hecho “algo” parecido, y, por supuesto, poniéndome en contacto con diversas ONGs. Tomar la decisión no fue para nada difícil, es más, sólo tuve que hablar un par de veces con Rafael, el coordinador de la ONG con la que fui de voluntario, y casi sin darme cuenta ya había comprado el billete. Ya solamente me quedaba por delante la parte más burocrática y aburrida (vacunas, visados, etc.).

La capital de Burkina Faso es Ouagadougou, y allí fue donde aterricé ya de madrugada tras haber volado durante unas siete horas, con una pequeña escala en Casablanca. En el mismo aeropuerto me estaba esperando Ousmane, el chófer que trabaja con la ONG y que se encarga de nuestra recogida, transporte y que se convierte en tu guía en el o los primeros días, en mi caso, ya que tuve que estar algún día más en la capital debido al extravío de las maletas que había facturado y que tardé en recuperar. Sin darme casi ni cuenta eran ya prácticamente las 3 de la madrugada cuando llegué a “Les Lauriers”, un albergue llevado por monjas bastante acogedor y limpio en la capital y que por regla general es el destino de los voluntarios de la ONG.

Al día siguiente, una vez rehecho del viaje y más descansado empiezas a tomar conciencia de donde estás y te chocan las primeras impresiones, ya que evidentemente todo resulta muy diferente. La capital es una ciudad muy caótica y ruidosa, pero todo el mundo parece llevar un ritmo de vida bastante lento y tranquilo; es muy curioso pero aunque parezca mentira poco a poco te vas empapando del ritmo africano. Aprovecho para dar una vuelta por la zona y quedo con Ousmane que me lleva a tomar algo, pero estoy expectante y con muchas ganas de llegar a mi destino final, el orfanato “Les Saints Innocents” en Ziniaré (“lugar donde nadie se queda”, en mooré, la lengua local más común), a unos 45 minutos en coche.

Por fin, una vez que tengo las maletas en mi poder nos dirigimos al albergue “Les Saints Innocents” de Ziniaré, que será mi residencia durante las próximas semanas. Allí me esperan ya algunos voluntarios que llevan ya un tiempo: María, Tamara y Tomeu e Isabel, además de Tanja y Kesia, su hija de 7 años recién cumplidos. El albergue es un edificio de dos plantas casi recién construido, bajo la dirección de las monjas de la orden “Inmaculada Concepción” (quienes también se encargan del orfanato). En la planta de arriba están las habitaciones de los voluntarios, que están bastante bien, ya que disponen de ventilador, cama de matrimonio con mosquitera y baño individual, lujo para lo que es el resto del país. En el piso inferior está la cocina donde se realizan las comidas comunes, desayunos, comidas y cenas. Junto al albergue se encuentra la panadería, que también es administrada por las monjas.



Tras esa primera toma de contacto nos dirigimos al orfanato, que se encuentra a un par de kilómetros de distancia. Es un paseílo agradable ya que disponemos de unas bicicletas que hemos alquilado en un negocio local. La llegada al orfanato no fue como esperaba, al no haber nadie que te reciba y que te guíe en los primeros momentos; menos mal que tenía la compañía de los otros voluntarios que tenían más experiencia y fueron de una ayuda inestimable y un gran apoyo en todo momento. Por supuesto que saludas a las monjas que lo dirigen y también a las “mamis” que cuidan a los niños, sin embargo te sientes bastante desubicado y con una sensación extraña en ese primer día, como de no estar ayudando todo lo posible y el hecho de querer hacer más cosas y no saber cómo puedes ayudar más. Creo que todos los voluntarios que vamos allí nos quedamos con esa impresión la primera vez.

La situación en el orfanato también te impresiona en un primer momento. Se organiza en 8 casas que se dividen a su vez en otras 2 y en las que se alojan en torno a 10 niños, alrededor de 160 en total durante el curso escolar; ya que en vacaciones la mayoría o vuelven con sus familias o les mandan a otro orfanato en la capital por lo que en verano el número desciende. De cada una de las casas hay una “mami” al cargo, que se encarga de cuidar a los niños, vestirlos, etc. Durante mi estancia había entre 20-25 niños.

Nuestra ocupación el día a día generalmente era el estar con los niños, algunos días les preparábamos distintas actividades como talleres de marionetas, de plastilina, juegos, incluso visionado de películas en un cine improvisado. Tengo que señalar que casi todo el mérito fue de mis “grandes” compañeras de voluntariado Isa y de Silvia por supuesto, pero yo ayudaba en lo que podía. La principal dificultad que nos encontramos fue que era muy difícil conseguir que los niños mantuvieran la concentración el 100% del tiempo, acentuado por el hecho de la diferencia de edad, los más peques perdían el interés a la mínima, lo que hacía que tuvieras que estar más pendiente de ellos. Con estas actividades y los juegos, la relación con los niños se hace más intensa y también es verdad que te dejan momentos muy divertidos e inolvidables, y en realidad es lo que más agradeces al final y lo que te “llevas”.





Conforme van pasando los días vas viviendo también situaciones más complicadas y que te impactan bastante, ya que además vas tomando mayor conciencia de la situación, tanto de todo lo relacionado con el orfanato (funcionamiento, situación de los niños...) como de más aspectos de la vida en Burkina. Sin embargo no dejas de sorprenderte por el hecho de que casi nunca dejan de sonreír, y pese a las dificultades, de las que tú mismo eres consciente e incluso alguno de los más mayores, tienen una actitud hacia la vida llena de optimismo. Puede parecer por momentos lo contrario, pero la verdad es que la gente encargada hace todo lo que tiene en su mano por ayudar y darles una educación a los niños, de hecho por muy cruel que parezca te das cuenta de que los niños en el orfanato están “bien” ya que éste les proporciona comida 3 veces al día y el poder ir a la escuela. Evidentemente desde nuestra perspectiva y desde nuestra comodidad y situación en Europa todo parece que está fatal, pero es que se trata de uno de los países más pobre del continente africano y tristemente la situación de los niños de la calle, del 99% restante de los niños, suele ser peor.



Está muy claro que queda mucho por hacer y que el futuro de los niños del orfanato, salvo para aquellos que sean adoptados y se trasladen a vivir a Europa, se presenta muy complicado, pero creo que es importante el hecho de que desde los países desarrollados se pueda tomar conciencia de la situación, en realidad de todo el país. Creo que cualquier forma de cooperación, por pequeña que pueda parecer, significa mucho para ellos.

Los últimos días pudimos compartir estancia con unos padres italianos que fueron a recoger a Raúl, el niño que llevaban intentando adoptar más de 4 años, para por fin llevárselo con ellos a su casa, en Sicilia. Aparte de poder conocer cómo se vive todo el proceso de forma directa y de compartir situaciones, incluso muy divertidas con los nuevos padres, te das cuenta de todas las emociones, de los padres por fin al poder ver y abrazar a su hijo, de Raúl con una alegría enorme, de las miradas y palabras esperanzadas del resto de niños porque esperan algún día ser ellos los que se irán... Todos los que estuvimos allí hemos pensado lo mismo, como le irá en su nueva casa, sería genial algún día poder ir a su restaurante en Siracusa y ver que todo les va bien; pero bueno quien sabe, a fin de cuentas Sicilia no está tan lejos...

Los últimos días son los peores, momentos de despedidas: del orfanato, de los niños y de la gente también que fueron como voluntarios, con las que has compartido no solo situaciones un poco más difíciles si no sobre todo un montón de emociones intensas y una cantidad enorme de buenos momentos y de risas. Ya de regreso necesitas un poco readaptarte otra vez a España, el trabajo, la gente, pero eres consciente de la experiencia que has vivido y que una pequeña parte de ti siempre va a estar en ese pequeño pueblo perdido de Burkina Faso, en donde un montón de gente lograron conquistar tu corazón y estarán para siempre en tus recuerdos. En realidad cuentas los días que quedan para poder reencontrar a toda esa gente otra vez y en los que vuelvas a escuchar, día sí día también RICMAN!!!

